

maghenta
EDITORIAL

Sombras en
el corazón

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

2.ª Edición

© María José Rosete, 2006.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: Z-059-07
I.S.B.N.: 84-935490-2-9

Impreso en Zaragoza, España. Marpa.

Sombras en el corazón

MARIA JOSÉ ROSETE

maghenta
EDITORIAL

Mi agradecimiento:

Para las dos personas que me dieron la vida y me enseñaron como vivirla y disfrutarla (sin quitar méritos a todos mis antepasados, que ayudaron desinteresadamente a alcanzar este momento cumbre).

Para mi amiga y hermana Irma, en recuerdo de nuestros susurrantes coloquios nocturnos de habitación a habitación.

Para mis abuelos, acompañantes fieles de mi infancia.

Para mi buena amiga Rosario, que siempre me recibe con los brazos abiertos en Madrid y, esté dónde esté, con la que puedo contar siempre.

Para los lobos falsamente autoproclamados vegetarianos: han de olvidar el miedo y recordar que su naturaleza es aullar... aunque no sea a mí.

Para todos aquellos que tengan este libro en sus manos y decidan leerlo; les deseo de todo corazón que pasen un rato entretenido y agradable.

Para mi editor, Carlos, que me ha dado la gran oportunidad de convertir mis pensamientos en letra impresa.

Para mi guía y gran amigo, que me ayuda pacientemente a alcanzar mi meta más ambiciosa: ser mejor persona.

En fin, un saludo y hasta cuando sea menester.

M.^a José Rosete

PRÓLOGO

3 de noviembre de 1870, New Yersey, Estados Unidos.

Una fría noche sin luna encubre la mansión. Las contraventanas están cerradas, las elegantes cortinas corridas y los dorados pestillos echados. El silencio, amigo y cómplice de los secretos, envuelve en apariencia las estancias.

Arropado en una improvisada manta, el bebé duerme con respiración regular al ritmo de su pequeño corazón, sin que logre alterarlo ni el débil crepitar del fuego ni los susurros que fluyen a su alrededor en la biblioteca.

—¿Ha visto señor que criatura más hermosa? —la anhelante voz femenina se dirige a la figura reclinada contra la chimenea. Está de espaldas y su rostro queda oculto.

—¿Cómo está? —la voz es profunda, ensimismada.

—Todo lo bien que se puede estar dadas las circunstancias y tan solo con mi pobre ayuda. También duerme. ¿Quiere verla, señor?

Sin esperar respuesta, la mujer avanza a cortos pasos hacia la puerta con el pequeño en uno de sus brazos y una corta vela de luz tenue en la otra mano.

Sombrío, el hombre se vuelve lentamente. Empieza a andar con desgana en pos de la rolliza criada. Ha llegado el momento de llevarlo a cabo. Imposible posponerlo más. Sus pisadas cobran firmeza paso a paso. Recorren un largo pasillo flanqueado por cuadros de gallardos paisajes y retratos de graves rostros que ambos evitan mirar. Las mullidas alfombras apagan los cansinos pasos de una y las lentas pisadas del otro.

La estancia está fría y su triste color azul pálido acentúa esa impresión. Una forma femenina y menuda destaca entre las sábanas. En los rasgos de su rostro pueden apreciarse aún los rastros del agotamiento y sufrimiento recientes, sustituidos ahora por una serenidad que emerge de su interior.

La criada dirige sus ojos a ella con dulzura. En ellos asoma verdadera devoción.

Él la contempla con atención y observa su rostro. Su piel, su pelo claro, sus largos dedos. Su delicadeza. Recuerda la ternura de sus abrazos. Sus ojos tímidos, su sonrisa suave..., esa forma tan especial de ladear la cabeza. Detiene su vista en ella intentando grabar cada detalle por nimio que sea en su mente. Con intención, para que no haya lugar para el olvido. Siente dolor por haberla conocido y haberla

deseado, mezclado con culpa por no sentirse lo suficientemente arrepentido a la vez. Suspira hondo, cierra los ojos y sale de la habitación sin mirar atrás. La sirvienta le sigue despacio, de mala gana.

El hombre dirige sus pasos al vestíbulo. Observa un imponente reloj de pie con mirada distraída. Se vuelve a la mujer con brusquedad. Con gesto decidido extiende los brazos. La criada abre más los ojos conteniendo la respiración y estrecha al bebé contra sí.

—Ha de ser así, no hay otro remedio —murmura el caballero con persuasión—. Lo sabe. Sé cómo hacerme cargo de esta criatura, procuraré que no le falte nada.

Ella mira alternativamente al hombre y al pequeño ser que tiene en los brazos, negando con la cabeza despacio, aturdida por sus palabras.

—Por favor —su tono ruega, pero es firme—, no puede permanecer aquí. ¿Cuál sería su posición? Aun considerando que todo fuese aceptado, ¿cómo ocultar la burla, la incomprensión? La criatura no es culpable.

Aún reticente y con lentitud, la mujer le tiende el bebé, quizás porque le ha convencido, o porque le ha hecho recordar lo insostenible de la situación y el fiero carácter del dueño de la casa. Si llegara tan sólo a sospechar...

En mitad de la noche, la mujer de la habitación azul se despierta sobresaltada. Sentada a su lado, su preocupada guardiana le observa con tristeza. Sus primeras palabras son para él.

—¿Dónde está? —el silencio es profundo—. ¿Y mi bebé? ¡Quiero verlo! Intenta escrutar la respuesta en el mudo rostro de la mujer. Un doloroso y vago temor se apodera de ella mientras arruga nerviosamente las sábanas entre los dedos. Comienza a respirar con ansiedad como si no hubiese suficiente aire en la habitación.

Su angustiada compañera, en un vano intento por calmarla, empieza a hablar con suavidad y sin interrupción. Pronto gruesas lágrimas comienzan a brotar de sus ojos claros. Lágrimas por el amante perdido. Lágrimas por su hijo. Lágrimas por lo que podía haber sido y no fue.

Y esa misma noche, allá en la distancia, en el interior de un coche, un bebé comienza a llorar y un hombre de mirada perdida lo mece con torpeza.

Capítulo I

La señora Chapman suspiró por tercera vez y dirigió sus pequeños y medidos pasos hacia la escalera principal, tropezando casi con una de las doncellas, que arqueó las cejas sorprendida. Las nueve era una hora inusual para la señora Chapman, para quien los días comenzaban no antes de las once bien cumplidas. Quizás la explicación estaba en la carta ligeramente doblada que llevaba en las manos, y en su mirada decidida, que indicaba una actividad mental fuera de lo corriente.

Sin embargo, la muchacha pensó que debía haber en todo aquello algo premeditado, puesto que los largos cabellos castaños de madame ya habían sido dominados y dispuestos en un impecable moño demostrando la inconfundible huella de la doncella francesa de la señora.

Pero ésta era la semana de la limpieza de primavera, y había tanta plata que hacer brillar, tanto suelo que lustrar y una larga tarea, incluyendo cortinas, lámparas y colchones, que pronto se olvidó de todo y se sumió en la frenética actividad dominante en toda la casa.

El señor Chapman se encontraba en la biblioteca, sentado en su escritorio contestando unas misivas a las que se veía inducido a dar respuesta inmediata para el mejor funcionamiento de sus propiedades. La mayoría de ellas las tenía arrendadas, proporcionándole no exiguas ganancias con las cuales mantener el nivel de vida que su papel social le exigía.

La dama entró seca y estirada, mirando a su marido con indulgencia apenas contenida, mientras él levantó la vista molesto por la interrupción en lo que creía era un momento de inspiración. Había encontrado la forma más serena, concisa y adecuada a las circunstancias de indicarle susceptiblemente a Roberto Crasa, que si no pagaba este mes los retrasos que le debía, se vería obligado a echar de sus tierras a toda su familia.

La señora Chapman se sentó en uno de los confortables sillones y le dirigió una mirada inquisitiva. En definitiva, obligado a apartarse de sus ocupaciones, el señor Chapman se levantó del escritorio de mala gana y dejó caer pesadamente su figura onrada de carnes satisfechas en un sillón cercano a su mujer.

—Esta carta llegó ayer —dijo agitando el cuerpo del delito—. Es de mi padre, Simeón Rovester —aún y siempre pronunciaría su apellido con indescriptible

orgullo—. Adelaida y Guido han sido invitados a pasar los meses de verano en la mansión familiar.

—No veo en ello nada extraordinario —musitó él—. Invita a nuestros hijos todos los años, —añadió con rencor echando un vistazo nostálgico hacia el recién abandonado escritorio.

Ella le miró escandalizada. Con la cabeza inclinada le dedicó una mirada aviesa por encima de las gafas recién puestas con el fin de deleitarse de nuevo con la lectura de la mencionada carta.

—¿Qué no —recalcó el no— ves en ello nada extraordinario? —el tono era despectivo y él se removió inquieto en el sofá—. Su fortuna es considerable. Es una oportunidad más para mi querido Guido —sonrió melosamente pensando en su amado vástago—. Su abuelo tiene que apreciar todo lo que vale.

Y suspiró recreándose en esa idea.

—Pero querida, tienes que tener en cuenta que también los demás habrán sido invitados: Violeta y Joel, Isabel... y luego está Daniel.

La mirada condescendiente de su señora le hizo atragantarse y no se atrevió a decir nada más.

—¡Isbel! Una chiquilla malcriada. Mi hermano Nelson habría de ejercer su autoridad con más firmeza. ¡Y esa confianza con los criados! Sin la educación y la atenta vigilancia de una madre, ese es el resultado. La esposa de Nelson murió tan joven... tampoco era su madre de todas formas, como recordarás, la adoptaron a quién sabe hace unos cuantos años. Me preocuparía que creciera al lado de nuestros hijos.

«Violeta —pronunció con dejadez—, muchacha vanidosa. Resultado de una educación superficial. Tiene poco sentido en comparación a nuestra Adelaida, tan formal.

Su marido esbozó un pequeño gesto de fastidio: «Adelaida, ¿hasta cuándo?». Su hija se llamaba Adela, en honor a su abuela. Pero para su atribulada esposa ese nombre no era lo bastante señorial y delicado.

—Su hermano Joel... —hizo una pausa— sí es un buen muchacho; siempre tan educado —frunció la boca—. Es un serio oponente para nuestro Guido. Siempre obtiene las mejores puntuaciones en la academia y es además el mayor de todos.

—A Daniel —continuó reflexionando ensimismada—, no se le puede tomar en serio, es demasiado vital y no es tan educado como Joel. Aún me acuerdo cuando Nelson le llevó a casa de mi padre. ¡Qué escándalo! Julián era un desvergonzado —murmuró atropellando las palabras—, siempre sabía como delegar sus propias responsabilidades a los demás.

—Pero mujer, vamos —intervino el señor Chapman—, estaba enfermo, muriéndose; quería abandonar este mundo tranquilo, dejar a su hijo en buenas manos...

—Siempre tienes excusas para todo, John —sentenció con sequedad la dama.

La tarde había sido en especial cálida y alegre. Las sombras empezaban a rondar el jardín trasero de la casa y los primeros cantos de los grillos inundaban el aire.

—Vamos cariño, compréndelo —la voz del hombre trataba de ser paciente—. Es un viaje largo pero, mientras, estarás con tus primos y con el abuelo. Seguro que no me echarás de menos —Nelson sonrió a su hija.

—¡No! —Isbel alzó la voz— Sí que lo haré —aseguró con pasión—. Prométeme que volverás lo más pronto posible.

—Desde luego que sí.

Miró a su hija con cariño. Estaba sentada en un sencillo columpio suspendido de un viejo roble. Él sujetaba las cuerdas con ambas manos, por delante de ella, esperando calmar sus preocupaciones. Pero en cada ocasión le costaba más salir airoso en su objetivo. Recién cumplidos los catorce años cada vez demandaba más tiempo de su padre. Dicha situación, para admitirlo y ser justos, no le disgustaba. La vida le iría separando de ella hasta que llegase a tener su propia familia. Era el momento de disfrutarla al máximo.

Isbel no quería comprender por qué este año no podía quedarse con ella en la mansión del abuelo. Su pelo rojizo estaba alborotado, enmarcando su cara ovalada y pecosa. Sus ojos averdosados destacaban brillantes.

¿Por qué tenía que hacer un viaje tan largo y estar separados tanto tiempo? Negocios. La eterna palabra que lo explicaba todo. Sólo le restaba resignarse sin remedio e intentar tranquilizarle.

Sí, estaría bien... Sí, entendía que tenía que ser así... Bien, la vieja nana Margarita se quedaría con ella pero, papá... ¿me escribirás? Claro que sí, pequeña, todos los días, un minucioso informe sobre todo lo que coma, haga o piense. Incluido un resumen detallado del color de las paredes de las habitaciones de los sitios donde me aloje.

La muchacha no lo pudo resistir más y rompió a reír a carcajadas. Todo lo contrario de lo que haría una señorita de buena cuna.

Cómo le gustaba verla así. Y aún pensó en lo que Alicia había perdido. Pobre Alicia. Pobre sombría y triste mujer. Tras nueve años de amargura, de matrimonio convenido, y sin haber logrado tener hijos, decidieron adoptar un bebé. Recordaba bien cuando Isbel empezó a formar parte de sus vidas. Aunque no pudo unirlos, por lo menos acortó la distancia entre los dos. Tres años después la enfermedad de Alicia empeoró y murió irremediamente. La niña era demasiado pequeña para acordarse. Más que una imagen definida de ella tenía recuerdos de sensaciones, colores de sus vestidos o de su olor permanente a medicinas.

Por su parte, Isbel o Bell (como a su padre gustaba llamarle), comenzó a pensar en lo que le esperaba este verano. Ojalá le volviesen a dar la misma habitación con papel de flores silvestres. Y ojalá todavía estuviese la misma rechoncha cocinera que

hacía aquel pastel de almendras. ¿Cómo estarían sus primos? ¿Habrían cambiado mucho? Adela, siempre tan seria, los juegos eran demasiado infantiles para ella. Se concentró y no recordó ninguna sonrisa (que eran escasas), en la que asomara alguno de sus dientes. Sus oscuros ojos marrones destacaban debajo de unas cejas siempre inquisitivas; estaba claro que la consideraba una niña. Pero si sólo se llevaban un año. De cualquier forma, todos eran mayores que ella, pensó desalentada. Violeta, la presumida, tenía dieciséis; Guido, tan presuntuoso, diecisiete; Daniel dieciocho, y Joel veinte. Daniel y Joel eran sus primos preferidos. Si la consideraban infantil procuraban no dárselo a entender.

Se estremeció. Una suave brisa se estaba levantando por el oeste.

—Bell, vamos adentro, ya es tarde.

La niña se levantó del columpio y siguió a su padre hacia el acogedor interior de la casa.

Un blanco gato de angora se estiró perezosamente, haciendo tintinear el pretencioso collar que llevaba en el cuello. El animal se lamió el pelaje para finalizar acostado, con las patas dobladas debajo del cuerpo, en la misma posición original. La luz invadía la habitación iluminando el papel de las paredes, cuajado de pequeñas rosas. El sol daba directamente encima de la colcha, estampada también con rosas, donde el gato entrecerraba los ojos a la vez que un suave ronroneo empezaba a surgir de su interior.

La cama tenía cuatro columnas y a sus pies había un gran baúl abierto en el que asomaban varios vestidos a la última moda.

Una joven de largos cabellos ondulados estaba sentada ante el espejo, con todos sus abalorios desplegados en el coqueto tocador que tenía delante. Su rostro era suave, ovalado y casi perfecto. Su cabello rubio relucía haciendo competencia con sus ojos claros, color miel. Observaba con franco interés sus propios movimientos y poses, tratando de prever el efecto que causarían a los demás.

—Sí, por favor —murmuró intentando ser provocativa e inocente a la vez—. *C'est la vie* —añadió estirando los morritos para parecer adorablemente irresistible.

Era una pena que su belleza y su talento se vieran perdidos en aquel triste pueblo. Sin teatros, sin cafés..., pero bien, se divertiría con todos los pobres tontos que se cruzaran en su camino. Podría practicar con Daniel; no era tan caballeroso y atractivo como su hermano Joel pero era mucho mejor que Guido. Una mueca afeó su rostro momentáneamente. Le disgustaba hasta pensar en el hecho de que la tocara. Tan melindroso, tan necio. Como se reían ella y Joel de la devoción con que le seguía. En fin. Desde luego allí no había competencia ninguna. Adela tan altanera y la infantil y sosa Isbel no eran dignas de tener en cuenta. Y lo peor, ¡tampoco tenían capacidad para poder apreciar todo lo que ella valía! Desgraciadas criaturas.

Unos golpes suaves en la puerta interrumpieron sus filosóficos pensamientos. Se ató la fina bata de seda y empezó a cepillarse enérgicamente los rizos rubios. La voz de Joel se dejó oír al otro lado. Abrió la puerta y miró divertido a Violeta y el baúl abierto.

—¿Todavía no has terminado de decidir qué es lo que vas a llevarte? ¡Por Dios! Deja algo en el armario.

—¿Y tú que sabes? —contestó malhumorada mientras continuaba cepillándose y mirándose en el espejo sin volverse—. Tú no entiendes de esas cosas.

Él todavía seguía contemplándole apoyado contra el dintel de la puerta, con los brazos cruzados y una ceja más arqueada que la otra.

—Y ahí reside todo el misterio y el encanto femenino, en que los hombres no entendemos de *esas cosas*, —el tono era claramente burlón.

Violeta se volvió divertida ante el comentario despectivo de su hermano. Era un joven atlético y alto, de pelo corto y oscuro, frente despejada y nariz ancha. La jovial sonrisa lo hacía aún más atractivo.

Una cosa blanca y peluda, que emitía unos maullidos lánguidos, entre lastimeros y mimosos, comenzó a restregarse contra su pantalón. Joel deslizó suavemente la mano por el lomo del animal, a la vez que se recreaba en recordar Los Robles, la gran mansión del patriarca. Adoraba cada una de sus piedras. Conocía todas las historias familiares. Había recorrido desde su más tierna infancia todos los rincones de la propiedad. Admiraba cómo el abuelo la conservaba, pero como todo joven emprendedor, tenía sus ideas particulares de cómo mejorarla.

Su hermana le miró irónica, adivinando sus pensamientos. Él, sorprendido, levantó la vista y le dedicó una de sus grandes sonrisas seductoras.

Capítulo II

El principio del verano se ofrecía más cálido que en años anteriores y como resultado los campos que rodeaban Los Robles se veía por todo el valle inundado de flores silvestres como una variopinta alfombra multicolor. Brotes nuevos de centenarias enredaderas afianzaban sus raíces en las paredes de piedra de la vieja mansión y el perfume a hierba recién segada embriagaba los sentidos en una luminosa tarde de junio.

Un anciano apareció por una de las puertas del opulento porche de mármol. Aspiró profundamente el aire perfumado y dio mentalmente las gracias por disfrutarlo un año más. En su rostro, lleno de arrugas, aún se podía distinguir al emprendedor joven que en 1815 había dejado atrás al Viejo Mundo con un sueño, ser dueño de su propio destino. Había prosperado progresivamente y la vida le había recompensado gracias a su fidelidad al trabajo constante –jamás se había dejado tentar por ninguna fiebre del oro– y a los negocios conjuntos, a través de la naviera Ferris, con su nunca olvidada Inglaterra.

Sólo la cruenta guerra con el sur podría haber terminado con su bien merecido estado de bienestar. Pero Los Robles permanecieron suspendidos, olvidados en el tiempo durante los cuatro años que duró el enfrentamiento. Una pequeña cicatriz en el lado izquierdo de la frente provocada por una malintencionada bala perdida, que nunca llegó a su destino en la batalla de Fredericksbug, era la única huella visible del terrible conflicto.

Con andar calmoso se dirigió a la escalera principal de la entrada, hacia el jardín. Un tropezón inesperado en la mitad del recorrido con un balde, casi le hizo perder el equilibrio. Pero se asió a tiempo a la balastrada. Frunció el ceño mientras continuó bajando, y empezó a rezongar contra los «jóvenes de hoy y su poco seso». Probablemente no se daba cuenta de que, con seguridad, alguien debió pensar lo mismo de él hace cincuenta años. Y que ciertamente dentro de otros cincuenta, lo mismo dirían esos jóvenes de sus sucesores. Todas sus recriminaciones mentales, y entre dientes, quedaron de súbito cortadas cuando tras bajar costosamente la veintena de escaleras se dio cuenta de que se había olvidado de por qué quería ir al jardín. Miró a su alrededor sintiéndose perdido, y después de un rato, con el semblante ofuscado, se volvió con torpeza. Empezó a subir con lentitud de nuevo las escaleras.

Edna Bennett observaba distraída la escena. Fingía leer un aburrido libro que llevaba abierto mucho tiempo por la misma página. A la vez que se levantaba de uno

de los bancos de piedra colocados a ambos lados del final de la escalera, sonrió adivinando la confusión del anciano.

—¡Flores! —exclamó—. Encargar centros de flores frescas al jardinero para mañana. O por lo menos eso creo que le oí decir —añadió con timidez.

En la boca del viejo Simeón Rovester se dibujó una sonrisa casi imperceptible de satisfacción, al mismo tiempo que sus ojos denotaban placer ante la ayuda inesperada.

Aprovechó la ocasión para fijarse en ella con más atención que dos días antes, cuando llegó. Conocía al señor Bennett desde hacía años. Una relación surgida de un problema de negocios que Simeón había tenido en uno de los países en el que en ese momento Bennett ejercía sus carismáticas intervenciones diplomáticas.

Sin duda alguna era bonita. En su rostro ovalado destacaban sus ojos claros como su tez, y su nariz pequeña y fina. Sus cabellos eran rubios, compuestos en un moño por el que escapaban muchos de sus rizos. Observó también su apariencia aniñada y frágil. Su rostro juvenil no correspondía con la realidad de sus años, que rozaban por pocos la cuarentena.

Estaba casi seguro de que sólo un matrimonio de conveniencia podía ser el único nexo entre aquellos seres tan distintos. En apariencia al menos, no compartían ningún deseo ni afición y no habían tenido hijos. El señor Bennett era mucho mayor que ella, de modales finos pero estudiados y según la opinión personal del señor Rovester era algo mezquino y de carácter exigente. Recordaba bien aquel asunto de las alfombras indias. Las revueltas nacionalistas de los cipayos casi habían arruinado sus relaciones comerciales con el exterior.

En diferentes ocasiones había invitado a Bennett a su mansión, y esta vez su amabilidad de compromiso fue aceptada aprovechando un cambio de destino. Pero apenas el matrimonio había llegado, unos asuntos urgentes reclamaron la presencia del señor Bennett. Presto a resolverlos había dejado a su esposa disfrutando unos días de la paz de Los Robles.

El anciano se dio cuenta de que había mantenido silencio demasiado tiempo. Su sonrisa se acrecentó y ofreció su brazo a la dama. Era el momento de demostrar un poco de cortesía. Se decidió por la fórmula habitual.

—¿Tendré el placer de disfrutar de su compañía mientras damos un paseo por el jardín? Me temo que la inminente llegada de mis nietos me ha hecho ser un anfitrión bastante huidizo.

—Me encantaría —afirmó Edna presta a aprovechar la oportunidad de abandonar el libro en el banco—. Hace un día precioso —añadió mirando el cielo azul pálido.

—Pues bien, comencemos a buscar al jardinero —empezaron a pasear por una de las veredas en las que se dividía el camino principal—. Vayamos a comprobar qué planta está maltratando— manifestó de buen humor.

Caminaron despacio y en silencio, cada uno en apariencia con sus propios pensamientos. En realidad, Edna miraba dubitativa de vez en cuando al anciano, sin atreverse a hablar.

—Y bien... —inquirió él, aún con su sonrisa y sin dejar de mirar al frente—, ¿qué es lo que desea preguntarme?

Sorprendida, la piel blanca de sus pómulos se tornó sonrosada.

—Me preguntaba cómo son sus nietos —la voz reposada de Edna procuraba no dejar translucir la agitación interior que sentía—. Cuántos son, qué edades tienen...

Simeón Rovester se paró.

—¿Eso es todo? ¿Preguntarle a un viejo caduco por sus nietos? Es el tema preferido de cualquier abuelo —aseguró; reanudaron el paseo—. Bueno, para hacer las cosas bien primero le hablaré de mis hijos: mi cara mitad me hizo acreedor de cuatro, tres varones y una hembra. ¿Qué puedo decir?

«Víctor trabaja en la banca, es a todas luces un hombre respetable y serio. Se casó con una dama francesa: ¿Francin?, ¿Elain?, no soy capaz de recordarlo —murmuró en tono de falsa pena encogiéndose de hombros—. Suyos son Violeta y Joel.

«Nelson siempre está dispuesto a ayudarme. Es el más responsable, lo que empieza lo termina sean cuales sean las consecuencias. Enviudó hace algunos años quedando al cargo entonces de una niña pequeña, Isabel —su cara se enterneció al pronunciar su nombre.

«Luego mi hija, satisfecha de sí misma —había cierto tono de malicia en su voz—, tanto que no logra encontrar a nadie a su altura —frunció el ceño—. Tiene dos hijos haciendo juego, Adela y Guido.

De nuevo el anciano hizo un alto en el camino, esta vez para recuperar fuerzas, a la vez que su rostro se ensombreció.

—Y por último —continuó—, mi hijo mayor, Julián. Él fue sin duda alguna mi oveja negra. Pasó su vida metiéndose en toda clase de líos. Los coleccionaba. Sólo una cosa hizo bien: Daniel —los ojos se le iluminaron y la miró—. A Dan usted ya lo conoce. Nunca olvidaré la noche que Nelson me lo trajo a casa. Julián se lo había confiado antes de morir. Nada se sabe de la madre del muchacho; sólo que Julián aseguró que se había casado con ella, y que la había conocido en no sé qué celebración...

A medida que avanzaba el relato la tristeza se adueño de Edna. Asintió comprensiva, intentando ser valedora del reconocimiento que el anciano le hacía contándole las privacidades de su familia, pues no era más que una extraña al fin y al cabo.

Por su parte, Simeón Rovester, con la sabiduría que da la edad, prefería contarle él mismo lo que todos ya sabían. Era algo de lo que tarde o temprano se enteraría con seguridad deformado por los chismorreos de los criados o de los habitantes del pueblo.

Y entre los señoriales robles que daban nombre a la casa, y flores y plantas diversas, Simeón se dio el gusto de hablar sin interrupción de las excelencias de sus nietos.

Desde una colina un joven de cara redonda observaba, sentado desenfadadamente sobre la hierba, Los Robles y sus alrededores. Una posición privilegiada que le permitía abarcar la mansión, parte de los campos que la rodeaban y un buen tramo del camino que llevaba a ella.

No era lo que podríamos definir como un muchacho fornido, aunque su constitución presagiaba tal fin en años posteriores. Su pelo era rubio y largo y sus ojos claros brillaban exentos de preocupaciones. La tez bronceada revelaba vida al aire libre y las manos grandes y descuidadas denotaban el trabajo a que las sometía su dueño. A Daniel le encantaba ocuparse en persona de su caballo. Lo cepillaba todas las mañanas para luego cabalgar por entre los campos de avena. Su carácter tranquilo le hacía del agrado de los trabajadores del abuelo. Julián también había tenido esa capacidad, por su forma de ser alegre y descuidada. De Daniel se esperaba otro concepto de la responsabilidad.

Sus ropas no eran presuntuosas en absoluto. Una sencilla y ancha camisola y pantalones largos aportaban un dato más de su personalidad. Le gustaba la comodidad.

A lo lejos, en el camino, comenzaba a divisarse la usual polvareda que un coche de caballos provoca con su paso. Daniel se levantó intentando escudriñar el sendero. Cuando sus sospechas se tornaron en realidades, de un salto montó a caballo y empezó a cabalgar en dirección a la casa.

Isbel atravesó varias etapas mentales a la vez que físicas en el largo trayecto a Los Robles. Las dos primeras horas la emoción del viaje le dominó, sumado al recuerdo de años anteriores. Se sentó recta y con aires de persona adulta. A las tres horas se arrimó a la ventanilla derecha del coche absorbiendo con la mirada todo lo que se ponía a su alcance, a la vez que relajó su postura. Después de cinco horas sólo deseaba llegar de una vez, y no sólo era su mente quien lo deseaba, sino también sus posaderas, que tendrían graves perjuicios de continuar en la misma posición por más tiempo. Alzó la vista para comprobar que su padre la estaba observando. Por las pequeñas arrugas que se formaban debajo de sus ojos intuyó que sabía de la inquietud de su estado de ánimo y que eso le divertía. También el abuelo parecía adivinar siempre cómo se sentía. Y se preguntó si sería una habilidad familiar o si su cara reflejaba sus emociones con perjudicial fidelidad.

Se asomó de nuevo por la ventanilla sacando la cabeza al completo y olvidó sus reflexiones. ¡Por fin se dibujaba el entorno de la residencia familiar! Se mordió el labio inferior conteniendo a duras penas su impaciencia... ¡y ya se veían los jardines encantados! ¡Y allí estaba Daniel sonriente sujetando las riendas de *Moro*! ¡A lo mejor este año le dejaban montar! ¡También estaba el

abuelo! ¡y ya... atchissssss!, estornudó con fuerza. ¡Y ya había aspirado la mitad del polvo del camino!

Con los cabellos alborotados, como era su costumbre, Isbel bajo del coche todo lo rápidamente que le permitían el vestido y las piernas. Echo a correr hacia el abuelo, hasta que a mitad del camino se acordó de que era una señorita. Se detuvo en seco. Cayó en la cuenta de que le observaban varios jornaleros, amén de parte del servicio de la casa. Cuando sólo le separaban unos pasos de Simeón Rovester, este abrió los brazos y olvidó sus reparos momentáneos. Abrazó al abuelo con cariño. Saludó a Daniel, le pareció bastante más alto que el año pasado. Preguntó por el resto de sus primos y así se enteró de que era la primera en llegar. A su vez le preguntaron con amabilidad cómo le había resultado el viaje, cómo iban sus estudios y todos aquellos pormenores que constituían su vida diaria. Daniel mismo cogió parte de sus enseres y la acompañó hasta su habitación. Mientras, charlaban con animación sobre todo lo que podían hacer durante el verano. La vieja nana Margarita quedó felizmente acomodada en una habitación contigua y ambos primos se dirigieron finalmente al jardín.

En un pequeño despacho Simeón y Nelson mantuvieron una fugaz conversación en la que Nelson reiteró a su padre la necesidad de emprender viaje, aprovechando la ocasión de dejar a Isbel en buenas manos. Simeón le insistió en prolongar su estancia hasta la cena, y así tener la oportunidad de conocer a su invitada, una señora muy agradable que había ido a conocer el pueblo ese día por sugerencia suya.

Pero no hubo forma de convencer a Nelson. Poniéndose de nuevo sombrero y guantes salió del despacho y se encaminó hacia el exterior. Unas risas provenientes del jardín lo atrajeron.

—¡Isbel, Dan! —oyó sus pasos acercándose—. Parto ya. Sed prudentes.

Un amago de tristeza ensombreció los ojos de Isbel.

—¿No se queda usted? —preguntó sorprendido Daniel.

—No, muchacho, esta vez no. Pero, diantre, déjame que te mire, cómo has crecido, eres casi tan alto como yo —había orgullo en su voz.

Daniel sonrió intentando ocultar lo mucho que le contrariaba la marcha de Nelson. Aprovechaba sus estancias para consultarle todas sus dudas y pequeñas ambiciones. Lo consideraba el padre perfecto que nunca había tenido. Siempre podía recurrir a su abuelo, pero no era lo mismo. Eran innumerables las veces que Nelson le había hecho prometer mandarle aviso ante cualquier problema. Estaba dispuesto a venir desde cualquier lugar en que se encontrase. Daniel suponía que su tío se sentía responsable de él a través de la promesa hecha a su padre.

A media tarde llegaron Adela y Guido, con cara de afectación, saludando y hablando lo justo para no malgastar ni tiempo ni palabras y a la vez no ser descortesos. Se les veía mortificados porque no habían sido los primeros en llegar.

Al contrario de Isabel, los dos estaban muy compuestos, con todos los pelos en su sitio, perfectamente peinados y pulidos.

Hasta el día siguiente por la mañana no llegaron Violeta y Joel. Salieron todos a recibirlos. La puerta del coche se abrió y apareció Joel. Con un ademán saludo a todos de buen humor, para luego volverse y ayudar a bajar a su hermana. Todos los ojos recayeron sobre ella. Llevaba un precioso vestido lleno de volantes, con corpiño ajustado, que dejaba entrever sus incipientes formas de mujer. El pelo recogido hacia un lado caía en cascada hasta llegar casi a la cintura. Coronaba su cabeza un pequeño sombrerito que llevaba ladeado con gracia. Una vez segura en tierra firme, abrió un elegante parasol para protegerse el cutis. Y en apariencia con modosidad, levantó la vista y sonrió a todos los presentes a la vez que hizo un simpático mohín a modo de saludo. Curiosa, intentó observarlos, atenta a las distintas expresiones en sus rostros.

Guido estaba sonriendo con la boca torcida y mirada maliciosa; Adela la miraba con aparente desinterés –Violeta sabía que la envidiaba la dominaba, cosa que le provocaba gran placer.

Daniel la contemplaba embobado, sin apartar la vista, sorprendido. Isabel estaba triste –por la envidia también, supuso.

Satisfecha, Violeta solicitó ayuda a Daniel para entrar en la casa. Él le ofreció el brazo encantado, y entonces ella, dedicando a sus primas una mirada de conmisericordia, subió las escaleras como una reina escoltada por una corte silenciosa.

Capítulo III

Los días se fueron sucediendo con interminable lentitud. Al menos esa era la sensación de Isbel. Por las mañanas se levantaba temprano, aunque no tanto como Joel y Daniel, a los que siempre encontraba en el comedor terminando ya el almuerzo. Llegaba a tiempo para verlos salir junto con el capataz a revisar y recorrer los campos. No regresaban hasta mediada la mañana: entonces entraban en el despacho de Simeón Rovester y no salían hasta la hora de comer.

No entendía por qué este año sus primos trabajaban tanto en verano, y supuso que estarían ayudando al abuelo. La única vez que se le ocurrió entrar en el despacho a preguntar dónde estaba situada Caláis –acababa de recibir una carta de su padre y quería señalarlo en el mapa– los encontró enfrascados en una discusión sobre rutas de barcos, la fluctuación del mercado de la seda y otras expresiones de difícil comprensión para ella, además de representarle muy poco interés. Mientras Daniel hablaba sereno y tranquilo, Joel exponía sus ideas con emoción, todo bajo la atenta mirada de Simeón Rovester, que reclinado en segundo plano en su butaca observaba sin perder detalle.

Los otros primos se levantaban a media mañana y entre sus prioridades no estaba ella. Adela siempre recriminaba a Guido no madrugar para acompañar a sus otros primos por las mañanas, pero su hermano (réplica fiel del señor Chapman) fruncía el entrecejo y pasaba la mañana cómodamente instalado en el sofá, observando el vuelo de alguna mosca perdida o el ir y venir de la aguja en el bastidor de su hermana. Isbel no tenía el ánimo ni para tapices ni para tapetes.

Violeta permanecía en su habitación –después de que le trajesen el desayuno– cepillándose ciento y una veces el cabello y haciéndose complicados peinados, con la ayuda de la doncella personal de su madre. A Isbel eso le aburría más que los tapetes, si eso era posible.

Las únicas opciones disponibles eran entonces pasear por el jardín y buscar la compañía de nana Margarita, que había hecho muy buenas migas con Delma, la doncella de la señora Bennett. Las dos se sentaban a limpiar la plata para ayudar al servicio de la casa, puesto que ambas tenían mucho tiempo libre. Por ello, Isbel se sumaba a ellas muchas mañanas acercándose a la cocina a ver cómo trabajaban mientras chismorreaban amistosamente.

Margarita presumía del largo viaje que hacía su señor, y Delma contraatacaba con los exóticos países en los que el señor Bennett había ejercido de diplomático.

Lo único que le pesaba a la mujer era el tiempo que pasaba sola su señora Edna. Las ausencias del señor durante largas temporadas eran la tónica habitual desde su casamiento. A lo que Margarita contestaba que al menos tenía marido, porque su señor era viudo desde hacía años y no había vuelto a casarse...

Las tardes eran distintas. Daniel le estaba enseñando a montar a caballo y las primeras horas de la tarde eran lo mejor del día, en las que se olvidaba de todo, donde la principal inquietud era lograr mantener el equilibrio. Después acompañaba a Joel a pescar al lago. Mientras él esperaba con paciencia, ella, con la falda recogida a la cintura se metía en el agua y escogía las piedras que a su gusto eran las más apropiadas para usar de pisapapeles. Cuando se cansaba se sentaba a su lado. Entonces Joel le contaba historias, más de la mitad inventadas, que conseguían hacerla sonreír.

Por lo demás, como más tarde recordaría, los días eran apacibles y sin sobresaltos. Esperaba con impaciencia los dos sucesos más importantes del verano. Uno era la fiesta de San Vitorino, patrono del pueblo –y además le daba nombre– y fiesta popular, en la que venía el circo, había música y concursos variados. El otro era el día de la excursión.

Este año habían decidido ir hasta las agrestes cuevas del viejo Mc Galliger. Habían prometido seguir el camino sólo hasta la entrada. La enormidad de las grutas y su complejidad eran tristemente noticia de vez en vez, cuando algún desgraciado se perdía en ellas y se tardaba días en encontrarlo; incluso había personas a las que no se las había encontrado nunca. Joel bromeaba diciendo que había que llevar los bolsillos llenos de piedrecillas, como Pulgarcito. Simeón Rovester no quería ni oír hablar de la posibilidad de penetrar en las cuevas.

Faltaban pocos días para la fiesta e Isbel montaba cada vez mejor. La brisa le alborotaba el pelo y una expresión satisfecha le iluminaba la cara pecosa.

—Vas a ser una gran amazona –Daniel observaba complacido sus progresos.

Con el espíritu alegre y sereno, Isbel suspiró. Se sentía, de alguna forma que no podía comprender, unida a Daniel por las circunstancias extraordinarias por las que pertenecían a la familia Rovester. Ninguno de los dos había conocido a sus padres naturales y ambos se habían criado sin conocer el cariño de una madre.

Hicieron una pausa y se tumbaron con despreocupación en la hierba. Mientras, el caballo mordisqueaba unas briznas verdes a los pies de un sauce.

—Dan –murmuró.

—¿Mmm?

—¿Has pensado alguna vez cómo era tu madre? ¿No lo has pensado nunca? Yo sí.

La miró sorprendido.

—¿Y por qué me preguntas eso ahora?

—No sé. Porque no puedo hablar de ello con nadie más. Mi único confidente es mi padre, pero no quiero preocuparle. Podría pensar que su cariño no es suficiente para mí y no es así.

Daniel se mantuvo en silencio. Pensó en las palabras de Isbel, sopesándolas. A pesar de su inocencia, de su infantilidad en sus momentos de alegría, era madura para su edad.

—Sí —contestó al fin—. Me he hecho muchas veces esa pregunta. Me he preguntado cuál era su aspecto. Si me parezco a ella. Me he preguntado qué cualidades tenía, o que defectos. Si está viva o muerta. Me he preguntado por qué de alguna forma me abandonó. Cuando tu padre me tomó a su cargo yo estaba con el mío. Me he preguntado muchas veces si se arrepintió; me he hecho tantas y tantas preguntas... Fue hace algunos años, cuando tenía más o menos tu edad. Quería saber. Y luego descubrí que el futuro es una hoja en blanco y es tu mano la que maneja la pluma. De nada sirve pensar qué hubiera pasado o qué hubiera sido si las cosas fuesen distintas. Sólo importa el aquí y ahora, Isbel, y no quiero que esa parte de mi pasado marque el resto de mi vida. De todas formas —añadió—, tú tienes un buen padre, el mejor de mis tíos.

—Oh, sí, lo sé, no te preocupes. Mis verdaderos padres murieron al poco de nacer yo. Para mí no hay más que un padre en mi mente y en mi corazón. Pero eso no me impide preguntarme cómo será eso de tener una madre. Más bien por curiosidad, supongo. ¿Crees que está en su sano juicio quien echa de menos algo que nunca ha tenido?

Él miró a la lejanía, sin fijar la vista en nada en concreto.

—No —aspiró y con rapidez se puso en pie, extendió los brazos a su prima para ayudarla a levantarse—. Vamos. Aaaarriba. Practiquemos un poco más.

—¡Daniel! —ambos se volvieron—. Dan ¿estás ahí? —Violeta estaba muy cerca.

—Aquí —gritó él alzando la voz.

Entrelazó las manos, Isbel puso un pie y la empujó hacia arriba. Luego acarició a *Moro* una vez montada en él y el animal relinchó pacíficamente.

Violeta apareció exuberante. Daniel le sonrió. Ella entornó los ojos y lo miró con la cabeza ladeada.

—Me gustaría que me enseñases a montar a caballo —su voz era dulce.

—Como gustes. ¿Cuándo quieres empezar?

—Ahora —sonrió.

—Estaré algo más de tiempo con Isbel y empezamos.

La sonrisa de Violeta empequeñeció. No estaba acostumbrada a que la relegasen a un segundo plano ni un instante.

—Bueno, estoy segura de que puede continuar otro día ¿verdad Isbel? Tendrás cosas que hacer.

Isbel no respondió. Es más, frunció la boca tercamente. En realidad estaba disfrutando, y no veía razón alguna por la que interrumpir todo por la llegada de Violeta. Pero Violeta no se daba por vencida con facilidad.

—¿Por qué no vas a abrazar a tu nana Margarita, a la que llevas a todas partes? —había desprecio en su voz—. Estoy segura de que ahora se siente muy sola sin ti —añadió con sorna.

Isbel, agraviada, se puso rígida. Miró a Daniel, que bajó la vista, y se puso colorada. Desmontó con precipitación y empezó a andar hacia la casa. Oía detrás de ella la risa de Violeta que la miraba alejarse divertida por la situación que había provocado.

—Es sólo una cría, no sé como... —Violeta se volvió hacia Daniel y calló.

Algo no iba bien. Daniel la estaba mirando gravemente, con cara tensa, impávida.

—No es acertado lo que acabas de hacer. No tenías ningún motivo para avergonzarla de esa manera.

—¡Por favor! Si no es para tanto —replicó ella poniendo los ojos en blanco.

Empezaba a sentir furia interior porque con apenas dos años más que ella la estaba amonestando como a una niña pequeña. ¿Quién se pensaba que era?

—Ruego me disculpes, yo sí tengo cosas que hacer que no puedo posponer —cogió el caballo por las riendas y se marchó en dirección a los campos del este.

Ella quedó de pie, plantada y furiosa. No estaba resultando como esperaba. Había pensado que podría dominarlo y hacer con él lo que quisiera, como le había ocurrido con otros; pero él se le resistía. Y sólo era un muchacho, un proyecto de hombre. Estaba segura de que le gustaba; no se podía equivocar, lo veía en sus ojos, en la manera que tenía de mirarla. Decidió tomárselo con calma. Era un reto. Ella no sucumbía al desánimo fácilmente.

Isbel avanzaba hacia la casa apresuradamente, con la desmesurada desesperación de la juventud temprana. Sus ojos estaban ligeramente empañados. Violeta no le era indiferente a su primo y ese conocimiento, sin saber por qué, le dolía. Se preguntó si compartiría con ella todas sus conversaciones, incluida la que acababan de mantener. Gruesos lagrimones empezaron a rodar por sus mejillas. Embebida en sus pensamientos, sin prestar suficiente atención a lo que le rodeaba, tropezó con Edna. Murmuró un apagado lo siento y la miró. Tenía la costumbre de saludarla cada vez que se encontraban, pero ninguna de las dos había dado pábulo hasta entonces para que la estricta relación formal fuese a más. Edna apreció sorprendida su deplorable tristeza. Su cara se enterneció, y sin mediar palabra la rodeó con los brazos. Isbel se pudo tensa, pero pronto se relajó, y en medio del jardín lloró sobre los hombros de una extraña.

Después de algunas reticencias se encontró contándole los motivos de su congoja y pronto la atención prestada por Edna y sus tranquilizadores comentarios le hicieron poco a poco recobrar la calma.

Isbel pasó buena parte de la tarde hablando de su padre, y a su vez escuchando a Edna las curiosas costumbres de diferentes pueblos, conocimiento resultante de los viajes en los que acompañaba a su marido.

Había empezado a oscurecer cuando Isbel se acordó de Joel y se despidió apresuradamente entrando en la casa. Lo encontró buscándola por todas partes, murmurando con aire resignado que a esas horas todos los peces se habrían ido a dormir. En un aprieto, se disculpó como pudo, pero no parecía enfadado y hasta bromeó con ella.

Después de la cena se dispuso a retirarse a su habitación como todos los días. Daniel estaba esperándola en la puerta. La observó preocupado y ella bajó la vista evitando mirarlo. Él habló primero.

—¿Estás bien? Siento que te hayas disgustado. De todas formas Violeta está arrepentida, me lo ha dicho —Isbel lo dudaba—. Me ha pedido que te diga que la disculpes

—¿Y por qué no ha venido a decírmelo en persona?

—Ella es así, no puede evitarlo —le dolió que la defendiera de esa forma—. Pero está cambiando —se iluminaron sus ojos verdes—. Estoy seguro de que llegaréis a ser grandes amigas.

Isbel suspiró. Eso era difícil de creer. Aprovechó la ocasión para resolver sus temores.

—Quisiera pedirte un favor. Desearía que nuestras conversaciones no las comentaras con nadie más. Para mí son importantes.

—Lo comprendo —su rostro adoptó una seriedad para ella desconocida—. Todos tenemos secretos —murmuró con mirada abstraída.

Luego sonrió y tras una pequeña charla se despidieron amistosamente. Después de todo, el día no había estado tan mal; si no fuese por aquel desagradable percance a lo mejor nunca se habría relacionado con Edna sin reservas. Y faltaban tres días para la fiesta.

Capítulo IV

El pequeño pueblo respiraba alegría por sus estrechas calles, paseos y avenida principal. Los ramos de flores y los adornos de papel engalanaban cada calle y cada puerta. La música inundaba el ambiente sólo superada por la algarabía de los gritos de los chiquillos. Pequeños puestos repartidos en las afueras al lado del circo mostraban postres típicos y bebidas, alternados con los que ofrecían diversión. Varios concursos se celebraban desde temprano en los que los lugareños ponían a prueba sus habilidades: tiro al blanco, natación en el lago...

Habían llegado juntos en el coche, pero en cuanto se encontraron en medio de la fiesta se dispersaron. Violeta con disimulo acaparó a Daniel, Adela y su hermano fueron a observar a los nadadores. Joel acompañó a la señora Bennett y a Isbel al circo, sin parar de charlar con gran animación. En los ojos de Edna se apreciaba un brillo que hacía tiempo que había perdido. La ilusión iluminaba su rostro rejuveneciéndola. Aplaudieron a los trapecistas, gritaron con las fieras y rieron con las payasadas de los clowns.

A la salida, Joel se encontró con un amigo del internado donde estudiaba. Se enfrascaron de inmediato en una hilarante conversación sobre sus compañeros y las bromas que se gastaban unos a otros. Edna e Isbel reían encantadas con sus ocurrencias. Las dejaron delante de un puesto de telas. Algunos comerciantes aprovechaban la confluencia de todos los pueblos vecinos de los alrededores para hacer negocio ese día. Edna intentaba enseñarle a distinguir cuáles eran las mejores telas y para qué eran apropiadas. Ella procuraba poner toda su atención, era un conocimiento nuevo, no era divertido, pero era útil.

Una risa distante le distrajo. Se volvió y a lo lejos, entre el gentío, distinguió a Violeta y Daniel. Con unas pequeñas tijeras ella cortó uno de sus rizos y se lo tendió a Daniel. Confuso, él lo guardó con sumo cuidado en uno de los bolsillos de la chaqueta. Se sobresaltó. Edna le había pasado un brazo alrededor de los hombros y la estaba mirando.

—Mi madre siempre me decía que las cosas no son como empiezan, sino como terminan. Ya te llegará tu oportunidad. Estoy segura.

—No sé a que te refieres —se mordió el labio inferior a la vez que sus mejillas se coloreaban.

—Si no lo sabes, lo sabrás. Yo tuve mi oportunidad. He sufrido mucho y sospecho que la aflicción y la inquietud me acecharán hasta el fin de mis días. Pero no me

arrepiento –con la mirada absorta, hablaba más bien consigo misma–. No puedo, no debo arrepentirme. A veces lo mejor de tu vida es una gran equivocación. ¿Sabes? Se han hecho grandes descubrimientos surgidos de equivocaciones.

Ella no comprendía nada. Una gran curiosidad le embargaba. Pero esa gran curiosidad estaba reñida con los modales de una buena educación. Y, por otra parte, si no la había forzado a hablar sobre lo que ella sentía o dejaba de sentir con respecto a aquellos dos ¿cómo pedir explicaciones acerca de lo que acababa de contarle?

—Verde –Edna le quitó con gesto cariñoso el pelo de la cara–. Te queda bien el color verde. En cambio evita el color rosa, a los pelirrojos no os suele ir bien.

—Procuraré tenerlo en cuenta.

De repente se percató de que la animación había disminuido a su alrededor.

Fijó la vista en el lago. Algo había sucedido. La gente se apiñaba en la orilla y algunas personas gritaban. Temerosa de alguna desgracia, Edna la detuvo.

—Espera aquí. Puede ser muy desagradable. Iré yo.

La vio desde lejos acercarse y preguntar. Regresó con cara triste.

—Un chico del pueblo. Quizás lo conozcas. Trabajaba en los campos de tu abuelo. Se ha ahogado. No han podido hacer nada por salvarle. Unos dicen que se enredó con alguna planta del fondo, otros que le dio un calambre. Lo que es cierto –suspiró cerrando los ojos en un gesto de cansancio infinito– es que está muerto. Muerto –repetió una vez más con infinita melancolía.

Isbel comprendió que Edna pensaba en otra persona. Se le ocurrió que debía tener relación con lo que había hablado antes.

El ambiente festivo se diluyó tras el accidente. Fueron suspendidos todos los concursos y cerrados los puestos. La tristeza se reflejaba en los rostros, y como si estuviera de acuerdo, el gentío inicial se dispersó quedando poco a poco el lugar desierto.

De vuelta a casa ninguno dijo una palabra, excepto Guido. Como inesperado espectador se complacía en explicar el hecho con todos los detalles, aunque nadie se lo había pedido. Una mirada inquisitiva de Joel le hizo cerrar de súbito la boca cuando ya se proponía deleitarlos por tercera vez con el suceso.

Al día siguiente por la mañana acudieron al entierro. Edna Bennett, pálida, observaba la angustia de la madre del muchacho. Tras expresar las condolencias a la familia se retiraron con discrección.

Un viejo reloj anunció las cinco de la tarde. El cielo oscurecido presagiaba una fuerte tormenta de verano. A los pocos minutos gruesas gotas empezaron a caer. Su sonido monocorde acalló cualquier rumor de la naturaleza viva. Desde dentro del

salón en el que se habían recluso podían escuchar el golpear de la lluvia contra el suelo. Isabel se asomó a la ventana para aspirar el olor que desprende la tierra recién mojada, mientras la lluvia cobraba fuerza y aumentaba a ritmo trepidante.

—Cierra la ventana. ¿No te das cuenta de que Eduardo esta intentando encender la chimenea?

Se volvió para comprobar los apuros del viejo mayordomo. Cerró de inmediato la ventana.

—Lo siento —murmuró Isabel—. Es extraño: la chimenea encendida en verano.

—Sí, es cierto —fue Adela otra vez quien habló.

Y en ese punto se acabaron los comentarios. El intento de entablar conversación le había resultado fallido. Extrañaba a Edna. A lo mejor se reuniría con ellos más tarde. Su marcha sería dentro de un par de días. De hecho, esta tarde ya preparaba parte de sus cosas. Dirigió una mirada crítica a su alrededor. Observar a los demás constituía el único entretenimiento. Empezó a analizar a sus primos.

Adela concentrada de nuevo en sus labores. Recogía su pelo arrubiado en un moño tirante provocando el efecto de tener más edad de la que en realidad tenía. De vez en cuando alguna de sus miradas se separaba de la labor para recaer en Joel. Qué curioso. ¿Qué lo motivaría?: atracción, curiosidad, admiración. Era imposible saber qué le pasaba por la cabeza.

Él estaba sentado en uno de los cómodos sillones leyendo. El entrecejo fruncido. Apoyada la cabeza en la palma de la mano izquierda. Despedía seguridad: la del hombre que sabe lo que quiere.

Sus otros dos primos estaban sentados juntos en el tresillo. Violeta hablaba a Daniel en suaves murmullos, pero él estaba distraído. La mirada preocupada daba a entender que su mente no estaba allí. Al final Violeta enmudeció, echó su melena hacia atrás y se dedicó a admirar sus manos y los anillos que lucía. Por la forma de mover los ojos dedujo que se estaba dedicando a la ardua tarea de pensar en lo que se pondría al día siguiente. Guido la observaba con atención. Eclipsado seguía cada uno de sus gestos. Y, por una vez, ella levantó la vista y le sonrió. Más asombrada que él estaba la propia Isabel.

Joel seguía concentrado en su libro. Le vio dirigir una mirada penetrante hacia la puerta. Entonces cayó en la cuenta de que hacía tiempo que no le veía pasar las hojas. Bajó la vista y comprobó que rozaba un talón contra otro con lentitud, como si algo le inquietara. Ensimismada en el movimiento de sus pies, notó que cesaba de repente. Alzó la vista para descubrir la mirada de Joel sobre ella. Le destinó una sonrisa que no le cupo más remedio que secundar.

—¿Te domina el aburrimiento? —le preguntó Joel.

Los demás prestaron atención.

—Bueno —cerró el libro de golpe—. Creo haber traído un mazo de cartas. No es muy elegante para las señoritas, pero puedo enseñaros algunos trucos.

Nadie puso objeciones ni sugirió otro entretenimiento de más distinción.

En el exterior seguía lloviendo sin descanso.

Les estuvo enseñando a jugar a la escoba. Isabel pensó en lo singular de la escena. Era la primera vez que hacían algo juntos desde que comenzó el verano. Mientras aprendían las tácticas del juego, le entró curiosidad por descubrir como serían todos dentro de unos años. ¿Alguna vez volverían a hacer algo juntos? Eran tan distintos entre sí. Olvidó pronto sus fantasías para concentrarse en el juego. Descubrió que era un juego fácil, todo dependía de la habilidad del contrincante más un componente vital: la suerte. El viejo mayordomo entró con un refrigerio consistente en un café con pastas. La interrupción fue muy bien recibida. Apenas habían empezado cuando oyeron unas voces furiosas provenientes del despacho de Simeón Rovester.

Isabel no fue capaz de entender nada de lo que se decía pero reconoció la voz furiosa del abuelo. Daniel fue el primero en levantarse e ir hacia el despacho. Lo siguió. Cuando se encontraban a medio camino oyeron el sonido de cristales rotos. Apresuraron el paso. Su primo abrió la puerta sin indicar su presencia. Simeón Rovester se encontraba de pie detrás del escritorio. Su rojo rostro y su expresión furibunda no presagiaba nada bueno. Edna Bennett se encontraba de espaldas a ellos, vuelta hacia la ventana. Aun así, Isabel pudo apreciar sorprendida que tenía el rostro bañado en lágrimas. Un jarrón violetero estaba en el suelo echo añicos, como si se hubiera lanzado contra él.

—Abuelo —Daniel no dijo nada más. El anciano, con el rostro aún crispado, se sentó con lentitud. Fijó la vista entonces en su nieto. Relajó su expresión.

—No ha pasado nada, un pequeño contratiempo —cerró los ojos—. Que no entre nadie, oigas lo que oigas y pase lo que pase —hizo una pausa y abrió los ojos de nuevo—. ¿Me entiendes?

Él afirmó con la cabeza, sin articular palabra, con una tranquilidad que le sorprendió. Ella, sin embargo, estaba paralizada. Simeón descendió la vista hasta ella y le dedicó una cansina sonrisa destinada a tranquilizarla. Sintió que le empujaban y la puerta se cerró de nuevo. Ningún sonido salía del interior del despacho. Su primo la miró con fijeza.

—Tú misma lo has visto, no ha sucedido nada: un jarrón roto. No es necesario que los demás sepan nada más.

La seriedad de su tono le resultó nueva. Parecía siempre tan tímido...

Joel estaba apoyado en el dintel de la puerta del salón en actitud meditativa. Los miró entrecerrando los ojos.

—¿Y bien? —preguntó.

Daniel esbozó un gesto de aburrimiento.

—Nada por lo que preocuparse, un violetero roto. Ha sido el abuelo. Ha visto los nuevos precios de las materias primas y, ante la subida, ha expresado con palabras y hechos su sincera opinión —y sonrió abiertamente; ella no podía sentirse más asombrada; encima bromeaba.

Parecieron satisfechos con la explicación. Excepto Joel: «¡Claro!», exclamó, pero su actitud irónica denotaba que no estaba en absoluto convencido.

No fue capaz de concentrarse el resto de la tarde. Dado el estado de su mente decidió mirar en vez de participar en el juego. A última hora, ya a las puertas de su habitación, se encontró con Edna Bennett. Le sonrió como siempre, muy tranquila, como si nada hubiese sucedido. Pero podía ver en ella el desfallecimiento resultado de una fuerte tensión.

El domingo se despidieron. Joel llevó a Edna y su doncella a la estación, y ella les acompañó. La estación de tren quedaba a hora y media de camino, pero se les hizo mucho más corto debido a que conversaron sin parar. Llegaron media hora antes de lo previsto. A pesar del poco tiempo que habían estado juntas, les costaba separarse.

—No te pongas triste. Te escribiré —Isbel hizo una mueca y se acordó de su padre; era una promesa que le hacían a menudo, pensó—. Cuando por fin tenga una residencia fija te enviaré la primera carta, así sabrás dónde escribirme. Dame tu dirección, donde vives con tu padre.

Ella se la dio.

—Te contaré mis viajes y todo lo interesante que me suceda y me gustaría que tú hicieses lo mismo por mí, cuéntame todo lo que te pase a ti y a tus primos. ¿Me lo prometes?

Isbel prometió.

—Volveremos a vernos —Edna la miró con determinación—. Estoy segura de que nuestros caminos volverán a cruzarse.

Un mozo se aproximó con un carro lleno de equipajes. Una pareja se dio el último abrazo antes de que ella subiese al tren. Los fuertes pitidos de la locomotora indicaban el último aviso antes de emprender la marcha. Edna bajó la ventanilla y se asomó. Una ráfaga de viento casi le arranca el sombrero. La mano de una Delma protectora cerró la ventanilla de nuevo. Se dijeron adiós. El tren iba alejándose con lentitud al principio para luego cobrar velocidad progresivamente.

Isbel miró el tren hasta que lo perdió de vista. Su primo intentó animarla. Agachándose, le puso un brazo por encima de los hombros mientras con la otra mano señaló las montañas.

—Mira allí, al fondo. ¿Ves aquel bosque?... y un poco más allá aquellas rocas más oscuras. Pues por ahí, algo más arriba... ¿lo ves? —se aseguró de nuevo—, ahí empiezan las cuevas del viejo Mc Galliger a donde iremos este año.

Desconocía que podían verse desde aquí.

—Nosotros iremos caminando por el otro lado, es algo más fácil que partir desde aquí. Hay menos cuestras. Conviene dar facilidades a las señoritas.

Ella lo miró de medio lado, con una semisonrisa.

Cuando llegaron a Los Robles encontraron al amigo de Joel de visita, a punto de irse al no encontrarle.

Isbel subió las escaleras hasta su habitación. Cerró la puerta y de debajo de la cama sacó una pequeña caja llena de piedras. Tendría que escoger dos para el abuelo. Por Daniel sabía que esta semana cumplía años. Había que darse prisa. Encargaría a Joel pinturas del pueblo. Ahora sus primos mayores tenían todo el tiempo libre, desde el día de la fiesta ya no trabajaban por las mañanas.

Primero las pintaría de un solo color y luego les pondría un dibujo. Empezó a practicar con la pluma en una hoja de papel.

Capítulo V

El día de la ansiada excursión cada vez estaba más cercano. A medida que transcurría el tiempo percibía a sus primos mayores más unidos. Mantenían largas charlas en las que Joel ejercía el don de la palabra, dando largos paseos por el campo a los que ella no era invitada. Observaba curiosa a ambos y sus actitudes tan distintas. Daniel se mostraba a menudo distraído, concentrado en sus propios pensamientos, ajeno a cuanto sucedía a su alrededor. Ahora, cuando le hablaba, se veía forzada a repetirle dos y hasta tres veces las cosas para que le prestara atención. Supuso con tristeza que Violeta tendría algo que ver, por la forma en la que Joel le tomaba el pelo. Éste, con su habitual despreocupación, actuaba con la normalidad y alegría características de su forma de ser.

Pero había algo más, aunque Isabel se resistía a aceptarlo y no quería fantasear. Podría asegurar que ninguno de los dos se comportaba como era en realidad. Los ecos de sus risas no eran del todo sinceros, las miradas esquivas, las conversaciones que podía escuchar, contenidas. Era una aprensión tan sutil que cada vez que lo analizaba con detenimiento llegaba a la conclusión de que veía con los ojos de la imaginación.

Un miércoles por la mañana Simeón Rovester requirió la presencia de Daniel. Estuvieron reunidos toda la mañana. Cuando salió del despacho Joel lo miró expectante, pero Daniel apartó la vista. Después de la comida, el abuelo solicitó a Joel, pasando juntos buena parte de la tarde.

La noche era oscura. Isabel hacía mucho tiempo que dormía. Una mano le sacudió.

—Vamos arriba, levántate.

Apenas reconoció la voz susurrante y áspera de Adela.

—¿Qué? —atinó a abrir un ojo, el otro se resistía.

Vamos a llegar tarde. —insistió impaciente.

—¿Dónde?

Adela le hizo callar con un gesto. Qué extraña le parecía con el pelo suelto. Se encaminó hacia la puerta. En un acto de valentía salto de la cama y le siguió. Se abrazó. Hacía frío. Caminaron por el pasillo, iban hacia la habitación del fondo, la de Joel.

—Vamos, date prisa. Debemos ser las últimas.

—¿Últimas? Pero, ¿para qué? —terminó con un bostezo.

—¿No te dijo nada Joel? —Adela se detuvo con brusquedad, con los ojos muy abiertos. El miedo asomaba en ellos.

—No —murmuró terminando de despertar.

Joel abrió la puerta. Miró a Adela y luego a Isbel. Volvió la vista de nuevo hacia Adela y le dedicó una mirada recriminatoria.

—¿Qué hace aquí Isbel?

Ella intentó explicarse, nerviosa.

—Es que creí que...

Joel la interrumpió con sequedad.

—No. Piensa. Es demasiado joven.

Isbel frunció enseguida el entrecejo. Uno de sus primos favoritos había dicho que ella era ¿qué?

Joel hizo un gesto a Adela, y ella pasó hacia dentro. Isbel vio al trasluz a Violeta y a Guido. Daniel estaba ausente. Su primo le sonrió.

—No te enfades. Adela no piensa las cosas a veces. Nos hemos reunido para ver si nos ponemos de acuerdo en el regalo que vamos a hacerle al abuelo. He visto un bastón con puño trabajado en marfil muy elegante. Pretendo convencerles para comprarlo entre todos. No permitiré que pases sueño y frío por eso. Sé que ya tienes tu regalo. Daniel también tiene preparado el suyo —hizo una pausa—. Isbel, ¿ves a Guido? Está medio dormido —Isbel comprobó con mirada curiosa que estaba en lo cierto—. Es mi única oportunidad para hacerle aportar algo de dinero —mirándola puso cara de pena—. Tengo que aprovecharla.

Ella intentó sofocar la risa tapándose la boca. Joel abrió los ojos cómicamente alarmado y la empujó con suavidad hacia el pasillo. Cogió la vela que había utilizado Adela.

—Vamos, te oirán. Te acompaño a tu habitación de nuevo. Déjame iluminarte el camino.

Agradeció meterse en la cama otra vez. Se tapó hasta justo por encima de la nariz. Le deseó mucha suerte a Joel. Él puso los ojos en blanco y sonrió con sorna. Le besó en la frente antes de irse.

Al día siguiente tardaron en levantarse. El cansancio dominaba sus caras somnolientas.

El día del cumpleaños se propuso ser la primera en entregar su regalo. Bien de mañana sorprendió a Simeón Rovester desayunando. Al final se había decidido por

dibujar unas espigas de trigo en blanco sobre fondo azul oscuro. Quedó muy satisfecha de la reacción de su abuelo.

Son preciosas, gracias, –le guiñó un ojo– las guardaré con mis pertenencias más preciadas. En un lugar secreto –todavía admirando su regalo su rostro se torno serio–. ¿Te gustaba la señora Edna Bennett?

—Sí. Sabe muchas cosas –se mordió el labio pero al final se decidió por la sinceridad–, vamos a escribirnos. ¿Es malo? Me dijo que le escribiera y le contara todo sobre mí y los primos.

Aguardó expectante la respuesta. Sentiría mucho no poder cumplir la promesa.

—Puedes escribirle todo lo que quieras –Isbel suspiró aliviada–. Pero me gustaría que me guardases un secreto. No le comentes a tu padre la escena que presenciaste el otro día. Hemos de evitarle preocupaciones inútiles.

Afirmó con la cabeza. Tampoco ella tenía intención de disgustarle.

Salió al jardín con un libro. Vio a sus dos primos preferidos en uno de los bancos, pero ellos no le vieron. Joel trataba de tranquilizar a Daniel.

—No te preocupes, de verdad. Tu inquietud es absurda.

—Sí, pero...

—Vamos, mírame –hinchó el pecho y sonrió–. Yo lo estoy aceptando bien. Haz tú lo mismo. ¿Es tan terrible? Después de todo es lo justo.

Daniel le miraba de reojo, extrañado. En ese momento vio acercarse a su prima. La saludó.

—Ya le entregué mi regalo al abuelo –presumió Isbel.

—Yo también –dijo Daniel.

Ella arrugó el entrecejo contrariada.

—Creí que había sido la primera. Y él no me dijo nada. ¿Qué le regalaste?

—Un cuadro de tema marinero, lo compré ayer en el pueblo, me acordé por casualidad, en estos días se me había olvidado.

—Creí que lo tenías comprado desde hacía tiempo. Joel me lo dijo. Por eso pensé que no estabas en la reunión secreta.

—¿Reunión secreta? ¿A qué te refieres?

Su voz demostró la extrañeza que sentía. Miró a Joel intrigado.

Joel parecía incómodo.

—Hace tres o cuatro días nos reunimos para escoger el regalo del abuelo y acordamos pagarlo entre todos.

—Podríaís habérmelo dicho –Daniel estaba molesto.

—De verdad, di por cierto que ya lo habías comprado. Al final nos decidimos por un bastón con mango de marfil —hizo una mueca—. La mitad la pago yo. Para mi desgracia —miró a Isabel poniendo los ojos en blanco—, Guido despertó del todo. Cuando se trata de dinero se transforma. Empezó convenciéndonos de que era mejor un bastón entero de madera, sin marfil; pues al estar en una sola pieza sería más resistente y difícil de romper. Luego afirmó que no hacía falta que estuviese tallado. Uno liso. Tendría un tacto más agradable. Y continuó así por espacio de un cuarto de hora. Hasta que la imagen que tenía yo en la mente era la de un palo de escoba.

Sus oyentes empezaron a reír a carcajadas.

—¿Os lo podéis imaginar? Le hice callar. Si no, estoy seguro de que acabamos regalándole el palo de una escoba. O quien sabe —bromeó— igual lo sustituía por el de un recogedor, que sería más corto y adecuado.

Escuchándolo hablar así, no podían parar de reír.

Por eso les dije que la mitad la pagaba yo. Se lo entregaremos esta tarde.

—Seguro que es precioso y le va a gustar mucho. —Isbel habló con esfuerzo, aún riéndose.

—Eso espero. Voy al pueblo. ¿Te gustaría acompañarme?

Se sumó a la propuesta encantada. Tenía que comprarse calzado nuevo para la excursión. Podrían ayudarle a escogerlo.

Apenas llegaron a San Vitorino, Joel se alejó calle abajo para reunirse con su amigo, pues aún seguía en el pueblo.

Daniel y ella entraron en la tienda de ultramarinos. Una anciana regordeta arrinconaba al tendero entre los manteles.

La tienda era uno de sus lugares favoritos. Las cosas más variadas y distintas entre sí tenían cabida allí. Los comestibles y golosinas estaban detrás del mostrador. Al lado las semillas para los agricultores. Abonos y artículos de pesca. Hilos y botones, puntillas y enaguas. Sillas y taburetes. Riendas y cencerros. Jabones y desinfectantes. Por fin, apartado en una estantería de madera, calzado. Se acercó ansiosa. Los zapatos traídos de casa eran poco resistentes. Eran para presumir, según Margarita. Claro que irían por un camino marcado y delimitado, pero aún así... nunca acertaba. El año pasado habían ido a una playa después de un interminable viaje a la costa. Este año exigiría saber con antelación dónde irían el año siguiente, aunque estropease la sorpresa. Llamó a Daniel y él se acercó. Miró con atención las repisas. Dudó unos instantes.

—Éstos —señaló un par de botines negros— parecen resistentes. Comprueba si son cómodos.

Cogió uno de los botines y se lo tendió. Se descalzó y empezó a atarse el botín. Miró a Daniel de reojo.

Se mordió el labio inferior. Era una falta de educación sacar los temas a relucir cuando los demás no nos hacían por sí mismos partícipes de sus intimidades. Pero finalmente, primó la preocupación sobre la educación. Se atrevió a preguntar.

—¿Te encuentras bien? ¿Tienes algún problema? Oí algo cuando me acerque a Joel y a ti en el jardín.

Él clavó la vista en ella unos segundos, para luego desviar la mirada a sus pies.

—Bien. Pienso que te quedan bien. Aunque yo no entiendo mucho de eso —sonrió. Le tendió el otro botín.

Decidió callar. Sería mejor no insistir y dejar de preguntar. Se puso el botín y caminó un trecho. Se miró los pies. Giró y volvió a caminar hacia su primo, con la cabeza agachada. Eran cómodos y de su número. Y eran feos. Pero ¡qué caramba! No había donde elegir. Levantó la cabeza y se encontró frente a frente con Daniel. Su rostro quedaron a escasos centímetros. Isbel notó como se ruborizaba y eso le hizo sentirse inexplicablemente incómoda.

—Me gustaría que tu padre estuviese aquí —Daniel hizo una pausa, pensativo—. De todas formas —continuó con la mirada extraviada y ella frunció el entrecejo—, la decisión ya está tomada. Y no hay vuelta atrás. A veces me preocupo demasiado. Joel tiene razón.

Le sonrió de nuevo. Ella se tranquilizó. Los cascabeles de la puerta tintinearón. Un hombre hosco entró en la tienda. Con cara taciturna empezó a coger diversos útiles; un saco de cebada, un par de sacos de tela vacíos, una azada, una caja de cartuchos... Su aspecto le dio miedo. Daniel en cambio le saludó. El hombre alzó la vista sorprendido. Su expresión se tornó por un instante alegre y saludó con torpeza. Siguió concentrado en su tarea de selección. Mientras, Daniel se dirigió a ella susurrando.

—Es un hombre de la montaña. Toda esa apariencia tan poco amistosa es muchas veces timidez. Vive en una de las cabañas que quedan en la montaña donde vamos a ir. En invierno, toda la zona queda incomunicada. Sobreviven entonces gracias a las provisiones almacenadas ahora. Son gente habituada a la soledad.

Compraron los botines. Daniel entabló conversación con el hombre. Más bien, él hablaba y el otro pronunciaba algún monosílabo de vez en cuando. A ninguno de los dos parecía en cualquier caso importarles. Isbel observaba con atención. Y admiró en él la capacidad que tenía para llevarse bien con todo el mundo. Joel también la tenía, pero era distinto. En Daniel no había premeditación; hablaba con todo tipo de personas. No le importaba lo que pudiesen pensar de él.

Decidieron ir al único café del pueblo a hacer tiempo mientras llegaba Joel. Café era una definición superlativa para aquel pequeño local. Una barra y unas pocas mesas dispersas formaban todo el conjunto. Se sentaron en una de las mesas que quedaba cerca de una ventana. Desde allí podían ver la avenida principal.

—¿Sabes si tardará mucho? —preguntó.

Daniel se encogió de hombros.

—Sabe que lo esperamos —fue su respuesta.

No pudo resistir la tentación de sacar un tema que le molestaba enormemente.

—¿Cómo le va a Violeta con *Moro*?

—Bien. Ya sabía montar muy bien. No sé qué quería que le enseñase yo —Isbel puso los ojos en blanco en un momento que no la miró—. Se mantiene con elegancia. Ha tenido que dar clases de pago para montar así. Es encantadora cuando quiere.

Isbel se entristeció. Entonces él la miró cara a cara, y con una semisonrisa añadió:

—Pero me reservarás un rincón de tú corazón cuando seas mayor ¿verdad?

Isbel sintió de nuevo que se sonrojaba. ¿En qué sentido se lo diría?

En ese momento entró Joel. Bromeó.

—Me ha costado mucho trabajo encontraros. Os he buscado en los teatros, en los cafés, en los parques, en los paseos... me he perdido varias veces por esta gran ciudad.

Capítulo VI

El astro rey lucía en todo su esplendor. Poco a poco calentaba la tierra húmeda y fresca de la helada nocturna. Presagiaba el fin del verano y el comienzo de una nueva estación. Isabel se levantó a primera hora. A toda prisa se arregló y contempló con ansiedad contenida su macuto. Creía haber metido lo imprescindible, incluido un par de calcetines de repuesto. Bajó rauda a desayunar. Como siempre, sus dos primos mayores se le habían adelantado. Joel le saludo jovial. Una galería de caras somnolientas desfiló por el comedor.

A las nueve estaban en el porche, cada uno con su macuto. Sólo faltaba Daniel. Alguien expresó extrañeza por su tardanza. El anciano Simeón había acudido a despedirles. Orgullosa, ligeramente apoyado en su nuevo bastón, hacía las últimas recomendaciones. Uno de los criados apareció con los paquetes de comida, y cada uno guardó el suyo. Listos para empezar a caminar.

Pasaron al menos unos veinte minutos hasta que se oyeron unos pasos apresurados y apareció Daniel. No estaba de buen humor. Su macuto abultaba casi el doble que los demás y tenía aspecto de pesar bastante. Simeón Rovester lo miró sorprendido frunciendo el entrecejo, pero fue Joel quien habló.

—Lo indispensable nada más. Es sólo una corta excursión de un día.

Esquivando las miradas curiosas que le dirigían, murmuró que lo que llevaba le era necesario. Ante la seriedad de la respuesta y su azoramiento, nadie preguntó más.

Empezaron a caminar. Salieron a través de los campos de trigo. Joel se detuvo. Había olvidado el mapa. Improbable, pero podían necesitarlo. Violeta le recriminó el despiste. Daniel se dispuso a volver, pero Joel le retuvo. Afirmó que el olvido era suyo y sería él quien volviese por el mapa. Pasó otra buena media hora. Isabel ya comenzaba a desesperarse. Pensaba que cuanto más tardasen en empezar a caminar, más rápido habría que ir luego. Y se cansaba con facilidad si la marcha era forzada. Por fin Joel regresó. Pidió disculpas por la tardanza y reanudaron el paso.

En verdad hacía un día espléndido. Demasiado espléndido en su opinión porque, después de dos horas y media caminando, el sol daba con mucha fuerza, e Isabel se vio obligada a detenerse para atarse un pañuelo a la cabeza. Observó que los chicos llevaban puestas sus gorras. Violeta llevaba un precioso sombrero de alas anchas, y Adela tenía la cabeza descubierta. Imaginó que Violeta, vanidosa, sólo llevaba con ella el paquete de comida, porque aquel sombrero tenía que haberle ocupado toda la bolsa.

Los bordes del camino discurrían llenos de zarzales repletos de moras, a las que acudían abejas y otros insectos en cantidad, rompiendo el silencio con sus zumbi-

dos. Suspiró. Joel apresuraba el paso cada vez más, intentando recuperar el tiempo perdido. Unos minutos después sintió su corazón latiendo descontrolado y la cara roja intenso. El único consuelo era ver a Adela resoplando detrás de ella. El tañido de un cencerro la distrajo. Ganaban altura y podía ver el contraste de los prados salpicados de ovejas blancas mordisqueando con monotonía. Un perro pequeño daba vueltas alrededor del rebaño. Otro más grande dormitaba cómodamente a la sombra de un árbol. Daniel retrocedió hasta ponerse a su altura.

—¿Ves? —señaló a los dos perros—. El perro pequeño avisa al grande con sus ladridos si hay algún peligro para las ovejas, como un lobo, por ejemplo.

Ella asintió, sin fuerzas para hablar. A él se le veía fatigado también.

Media hora después Joel hizo una parada de diez minutos. Adela tardó la mitad de ese tiempo en alcanzarles. Mientras tomaba aire, casi jadeando, Isbel examinó la situación. Joel permanecía inalterable. Daniel estaba cansado, pero podría proseguir así horas. La cara roja de Guido decía mucho de su estado, pero aun así continuaría. Violeta resistía. Le sorprendió su capacidad, había creído que era más delicada. Adela estaba agotada. Y ella lo estaría pronto. Aún faltaban un par de kilómetros para llegar. Se podía ver nieve en las zonas altas y sombrías de las montañas. Aprovechó para beber agua, dejando mediada la botella de cristal. El pensamiento de que esa sería toda el agua de la que dispondría la detuvo a tiempo.

Era hora de proseguir la marcha. Tuvo la sensación de que acababan de iniciar el descanso. Llevaban poco tiempo andando cuando oyeron a Adela gritar detrás. Se volvieron y Joel retrocedió a su encuentro con rapidez. La ayudó a levantarse mientras ella chillaba de dolor. La miró con gesto preocupado.

—Se ha torcido un tobillo —sacó una venda de la bolsa y le envolvió la zona afectada con fuerza—. Unos días y esto será un recuerdo —añadió— pero en estas condiciones no puedes continuar. Tendremos que suspender la excursión.

Adela, haciendo una mueca de dolor, estuvo de acuerdo en abandonar.

Violeta adoptó una expresión de fastidio, la idea no le convencía. Quería seguir hasta el final.

—Puede quedarse aquí. Que alguien permanezca con ella y luego regresamos todos juntos —propuso rápidamente.

Todos miraron inquisitivamente a Guido, pero él ignoró todas las miradas incluida la de su propia hermana. Daniel iba a decir algo, pero Adela habló primero.

—Podrías acompañarme tú —imploró con la mirada a Isbel— por favor.

Se sintió conmovida. Por primera vez le pedía algo. Hizo un esfuerzo y aceptó. Procuró aparentar que no le importaba ver a los demás alejándose. De todas formas estaba cansada y faltaba el regreso. Además había sido un bonito paseo. Miró a su compañera. Respiraba aún con dificultad. El pelo alborotado. Roja del esfuerzo y del calor. Y con el tobillo torcido. Parecía que había ido a una guerra

en vez de a una excursión. Por más que intentó trabar algún tipo de conversación con ella, fracasó. Se sumió en un estado de mutismo. La disculpó pensando en su dolor y su cansancio.

Después de una hora comenzó a tener hambre. Sabiendo que los demás iban a tardar y a lo mejor estaban haciendo lo propio, comieron. Cuando terminaron Adela se tornó más sociable. Pidió disculpas por estropearle el día.

Habló de su importante internado, de sus amigas ricas predilectas, de sus cultos y selectos maestros. La escuchó con atención. Desconocía la vida de internado. Siempre había tenido maestros particulares. Su padre y los padres de otros cuatro muchachos de las casas vecinas habían acordado que sus hijos recibieran educación privada en una de sus residencias, de esa forma, pasaban mucho más tiempo con sus progenitores y algunos habían empezado así a familiarizarse con los negocios paternos.

Las tres, las cuatro, las cinco... Isabel se levantaba de vez en cuando y oteaba el horizonte. Empezó a preocuparse. Era tarde, pensando en volver. Les llevaría más de tres horas teniendo en cuenta el tobillo torcido. Ahora oscurecía temprano y refrescaba primero. Oyó voces. Adela calló. Les vieron aproximarse.

—Nada, no se puede hacer nada. Es su decisión. Hicimos cuanto pudimos.

Era Joel quien hablaba.

—Podría habérmelo dicho antes. Tienes que reconocer que ha sido algo impen-sable. Vamos Guido, camina.

La voz de Violeta era de enfado.

—No es mía la culpa de que se nos haya hecho tan tarde —jadeó él detrás de ellos.

Los tres estaban extenuados. Sobre todo Guido. Como si hubieran hecho el cami-no corriendo. Joel les saludó. Se dirigió a Adela.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele mucho?

—Creo que se me ha hinchado.

—Necesitarás ayuda. Descansamos un momento para coger aliento. Te ayudare-mos Guido y yo. Isabel, le llevarás la bolsa.

Ella asintió. Caminó unos cuantos pasos en la dirección por la que acababan de aparecer sus tres primos. Puso una mano en la frente y escudriñó el camino. Estaba desierto. Arrugó el entrecejo.

—¿Dónde está Daniel? ¿Por qué tarda tanto? —se volvió hacia ellos.

Se miraron confusos. Ninguno de los tres se decidía a hablar.

—Se ha ido.

Les contempló perpleja. Adela murmuró un apagado “pero ¿cómo?...”

—Se ha ido —repitió Violeta— así, sin más —prosiguió hablando rápido. Nerviosa—. Seguimos andando a paso tranquilo, ya faltaba poco. Llegamos hasta el mirador. Nos pusimos a disfrutar de la vista. Él estaba inquieto. Entonces Joel dijo que apreciáramos bien el panorama. Regresábamos. Quería dar la vuelta para no dejaros solas y comer con vosotras. Daniel miró hacia la ladera contraria. Podíamos ver la estación del tren desde allí. Nos dijo que él no volvería. Que abandonaba Los Robles.

—Fue algo tan extraño. Tan inesperado. Creí haber entendido mal —Joel aún no se había recuperado—. Le pregunté que quería decir. “Lo he decidido. Yo dirijo mi vida. Es hora de irse”.

—Por eso llevaba la bolsa tan abultada. Se había preparado para hacerlo —intercaló Guido pensativo.

—Agregó que pensaba coger un tren, pero se negó a decirnos dónde. Le pregunté que si estaba loco. Me dijo que lo tenía todo pensado. Estuvimos mucho tiempo intentando convencerle para que regresase con nosotros. No lo conseguimos. Me siento responsable —la pesadumbre dominaba la voz de Joel.

Ella se sentó con lentitud y sin mirar dónde. Taciturna, con el pensamiento ido. Respiró hondo a la vez que sentía como la angustia iba invadiéndole el alma.

Pasaron un buen rato así. En silencio. Quietos. Pensativos.

Joel se puso en pie. Rodeó con un brazo la cintura de Adela. Guido hizo lo mismo. Empezaron el camino de vuelta. Isbel iba detrás de los otros cuatro. De vez en cuando un lagrimón escapaba arroyándole por la cara. Pensaba en que no le había dicho nada. No había confiado en ella. En que estaba sólo. En que a lo mejor no lo volvería a ver. Los demás parecían igual de abatidos. Sus murmullos le llegaban de vez en cuando. Escuchó a Violeta preocupada por la reacción del abuelo. ¿Por qué él no había pensado en el disgusto que le iba a dar? Y en el dolor que ella sentía.

Debido a la lentitud de la marcha pronto se vieron envueltos por la oscuridad. Antes de llegar al valle de Los Robles se encontraron con un par de jornaleros que habían salido a su encuentro. Uno de ellos regresó con celeridad a la casa para avisar de su llegada. Desde lejos vieron todo iluminado, los jardines, la casa... había luz en casi todas las ventanas. Voces dispersas por los campos. Ladridos de perros. Caballos relinchando. Una partida de hombres se estaba preparando para salir en su busca.

Adela y ella permanecieron en el salón mientras los demás permanecían con Simeón Rovester en la habitación contigua. Voces airadas y retazos de frases se filtraban a través de las puertas. “Repítelo otra vez... no encuentro las razones. ¿por qué no insististeis? ...pero ¿hacia dónde se encaminó?”. Oyeron una campanilla y el mayordomo pasó por delante de ellas. Se abrió la puerta.

—Eduardo —Isbel prestó atención observando con el cuello estirado a través de la puerta abierta—, registra la habitación de Daniel y dime si ves algo fuera de lo corriente.

—Sí señor —fue la lacónica respuesta.

En su semblante no se reflejaba ninguna expresión. Pero adivinaba la sorpresa del viejo mayordomo. La noticia aún no se había extendido por el servicio. Cuando llegara a trascender, sabía que no sería a través de Eduardo. Llevaba muchos años en Los Robles y el respeto entre él y el amo de la casa era mutuo.

Poco tiempo después regresó. Golpeó con suavidad la puerta que se abrió de nuevo.

—¿Y bien? —el tono de voz de Simeón Rovester reflejaba ansiedad— ¿Alguna nota o escrito?

—No señor. La habitación está en perfecto orden.

—Puede retirarse —dijo con voz cansina.

Pero Eduardo no se movió. Continuó mirando al frente.

—¿Sí? ¿Quiere añadir algo?

—Inspeccioné el armario y algunos cajones. Faltan algunas prendas de vestir del señorito Daniel.

—Comprendo. Dígale al cochero que prepare los caballos.

El mayordomo salió cerrando la puerta tras de sí. Adela estaba pálida. Apenas podía moverse. Ella intentó consolarla. “Tenías que haberlo evitado”, oyeron con claridad al abrirse repentinamente la puerta otra vez. La mirada encendida del señor Rovester vagó por el salón sin apenas detenerse en ellas. Cruzó la estancia y se encaminó hacia el exterior. Se dirigía a la estación.

Sus primos salieron del cuarto. Sus caras pálidas y contrariadas manifestaban lo que sucedía en su interior. Joel ayudó a una desmadejada Adela a llegar a su habitación.

Isbel quería esperar el regreso del abuelo, pero una protectora Margarita hizo valer sus derechos y la obligó a acostarse. En medio de la oscuridad y en soledad, el llanto volvió a dominarla, un llanto limpio, profundo, sentido. El cansancio del día pronto propició un sueño inevitable.

Capítulo VII

El día amaneció alegre y diáfano al igual que su predecesor, indiferente a los sentimientos de los habitantes de Los Robles. A pesar de su intención de madrugar, Isbel despertó tarde. Aún así al único que encontró en la planta baja fue a Joel. Fue a su encuentro con la esperanza de que le contase algo nuevo. En cuanto la vio, sonrió. Pero sus ojos cansados no correspondían con el gesto de su boca.

Había acompañado al abuelo. Simeón había ido de nuevo a la estación esa mañana, puesto que ayer no había conseguido ningún resultado, porque los empleados eran todos del turno de noche. Preguntaron al empleado que despachaba los billetes, pero no podía asegurar nada en concreto.

Las posibilidades aumentaron: podía haber sacado el billete otro día, o sacarlo en el mismo tren. Se dirigía desanimado hacia el coche cuando uno de los muchachos que ayudaban con los equipajes se le acercó. Después de asegurarse de su identidad le entregó un sobre marrón. Afirmó que ayer un chico le había dado una pequeña propina para que entregara el sobre a Simeón Rovester. No sabía hacia dónde había ido luego el chico. Supuso que habría subido a uno de los trenes. Ante la gran insistencia del señor Rovester el muchacho se esforzó en recordar... sí, era posible... ya se había ido antes de que pasara el tren que iba a Velardo. Entonces quizás había cogido el de las siete y cuarto que iba a la estación central de la ciudad.

A su regreso Simeón Rovester se encerró en su despacho. Joel no se había atrevido a interrumpirlo. Tenía también interés en saber el porqué. Esperaba que el anciano decidiera darle a conocer el contenido de la carta que suponía que había dentro del sobre. Y esto era todo lo que podía decirle.

Pesarosa le acompañó al comedor; él no había tomado nada desde el desayuno del día anterior.

La semana transcurrió lenta y sin novedades, a pesar de los esfuerzos del viejo Rovester. Investigaron cada una de las paradas del tren que suponían había tomado. Nadie recordaba nada. Alguien había visto un chico cuya descripción parecía coincidir en la estación central. Pero ahí se acababa el camino. Más de quince trenes partían de allí que recorrían todo el país, y era una tarea de titanes averiguar que destino había escogido. El tiempo corría en contra, ayudando a borrar en el olvido los pasos que Daniel había seguido.

Las arrugas atenazaban el rostro del anciano y el desasosiego le estaba destruyendo. Los criados murmuraban en voz baja intentando cada uno imponer su explicación del hecho. Isbel deseaba que su padre regresara lo más pronto posible.

Se encontraba sin posibilidad de comunicarse con él, puesto que aunque ella recibía sus cartas, cuando le llegaban, él ya se encontraba en otra parte del mundo.

Debido al estado de preocupación en el que vivía, el abuelo olvidó el incidente de Adela. El mismo Joel la atendió puesto que el asunto carecía de importancia. Además Adela insistió en que no necesitaba los cuidados de nadie más. A los tres días bajaba cojeando la escalera hasta alcanzar un sofá del salón, del que no se levantaba más que para ir al comedor.

Un martes a mediodía, doce días después de la huía de su nieto, encontraron al viejo Simeón en el despacho. Reclinado en su silla, con los ojos cerrados, sumido en un descanso merecido y eterno.

Isbel sintió que su mundo se partía y se transformaba sin remedio hacia lo desconocido. Le costaba asumir cómo la situación había cambiado tanto en tan poco tiempo. Intentó concentrarse con todas sus fuerzas en tratar de determinar cuándo las cosas habían empezado a variar. Pensó en su primo. Meditó palabra a palabra las conversaciones que recordaba. Las frases en las que desconocía por completo su significado. Su aire abstraído, la mirada pensativa.

Los primeros en llegar a Los Robles fueron los padres de Violeta y Joel. Les saludó con toda la cortesía y respeto del que fue capaz. Después los señores Chapman. Le dirigieron una mirada indiferente.

Enterrado en la parte norte de la finca siguiendo su deseo expreso, Simeón Rovester reposaba junto a su esposa. Al término de la ceremonia recibieron las condolencias de muchas personas, además de los trabajadores de las tierras, los sirvientes y otros empleados de sus negocios de importación. Desconocía que el abuelo tuviera tantos conocidos y amigos. Un personaje en concreto llamó su atención. Alto, serio y de uniforme, el capitán Ferris imponía respeto, con sus medallas desplegadas en el pecho. Joel se aproximó a ella y le susurró al oído, informándola de que era un viejo socio al que el abuelo había alquilado sus barcos para traer mercancías de los lugares más variados. Una persona decididamente influyente. Su carrera se basaba en su gran afición al mar. Escuchó darle el pésame a sus tíos con un serio comentario de que “nunca sabes lo que te puede deparar el destino” a lo que la señora Chapman asintió con gravedad.

Creía comprender. Su mirada vagó por los presentes y en todos los ojos, gestos y expresiones leyó la culpabilidad de Daniel, como una mala hierba hasta entonces enmascarada que por fin hubiese revelado su condición. Inevitables las comparaciones con su padre, Julián. Había conseguido traer la desgracia al anciano Rovester. Los mismos comentarios que escuchaba en la casa en discretos murmullos cuando creían que no podía oírlos “... y no creas que me sorprende, yo ya lo esperaba... tenía la misma mirada que el señorito Julián... desaparecer así, sin más... un desagradecido,

eso es lo que es... acabará igual que su padre... pobre señor Rovester”. Decidió no oír, no escuchar. Porque a pesar de todo no podía enfurecerse con él.

El abogado de la familia se presentó un par de días después con el único testamento conocido del anciano. Fechado muchos años atrás, cuando sus hijos eran pequeños y vivían todos en la casa.

El abogado destacó que lo más ético era esperar al señor Nelson para leer el testamento, puesto que era una de las partes afectadas.

El padre de Joel tomó la palabra.

—Creo expresar el sentir de todos los presentes —miró con especial detenimiento a su hermana— afirmando que deberíamos esperar a Nelson. Por otra parte desconocemos en que país se encuentra y cuanto tardará en regresar. Puede regresar en cualquier momento o tardar dos o tres semanas más. No nos importa esperar el tiempo que sea necesario. Tenemos nuestras vidas definidas. Es Los Robles quien no puede esperar. Los jornaleros. Los negocios de nuestro padre. Exigen decisiones. Exigen tiempo. Eso no lo podemos parar. Creo por ello que deberíamos saber el contenido de ese testamento. Si hay algún punto que plantee alguna duda, o hubiera alguna decisión que tomar, sin duda tendremos que discutirlo entre todos los hermanos, incluido Nelson.

Una vez convencido el abogado se procedió a la lectura del testamento. Un testamento ordinario, que tras repartir propiedades y diversas cantidades entre los hermanos, dejaba el grueso de la fortuna a su hijo mayor, Julián. Se miraron sorprendidos. El abogado les recordó la antigüedad del escrito. Les planteaba un serio problema. Con Julián muerto, el beneficiario era su heredero, Daniel. Y se desconocía su paradero. Después de múltiples e inútiles discusiones se decidió por el momento continuar llevando Los Robles entre todos con la ayuda y consenso del abogado, hasta que se tomase una decisión definitiva. Un punto clave para el éxito residía en Joel, familiarizado con los negocios de la hacienda gracias al trabajo realizado en los últimos meses. No era una gran experiencia, pero era el más capaz de los presentes.

La tarde cálida languidecía dando paso a la noche. Isabel deambulaba pensativa por el jardín. Subió las escaleras hacia la casa y caminó hasta uno de los extremos del porche. Apoyó los codos en la barandilla, mirando sin ver hacía la lejanía. Algo en movimiento le hizo volver a la realidad. Una figura, se aproximaba hacia la casa. Pensó por un momento esperanzada que...; pero no, debía ser un jornalero, esa forma de caminar le era desconocida. La figura creció hasta convertirse en un hombre grande y tosco que se acercaba con actitud desconfiada, temerosa. Le vio subir las escaleras y llamar. Una de las doncellas abrió. Por la impaciencia de la mujer y la manera de retorcerse las manos el hombre supo que le estaba costando mucho expresarse y

no la convencía. La puerta se cerró y el hombre quedó del mismo lado. Bajó la cabeza y dio la vuelta.

Se dirigió a las escaleras otra vez. Se detuvo indeciso. Miró hacia la puerta de nuevo. Suspiró mientras se rascaba pensativo la cabeza. Su vista vagó por el porche. Entonces vio a Isbel. Más decidido, se encaminó hacia ella encajándose la gorra hasta las orejas. Se fijó en él inquieta, hasta que se acercó lo suficiente para darse cuenta de quién era. Reconoció al pastor con el que su primo Daniel había conversado en la tienda hacía ¿tres? ¿cuatro semanas?

Tenía una percepción distorsionada del tiempo; los días transcurrían tan lentos y las semanas tan rápido, ¡que contrasentido!

La saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Buenas tardes señorita... —dudó unos instantes—, Isbel.

—Buenas tardes —murmuró ella expectante.

—Desearía ver al el señor Rovester, pero la mujer me ha dicho que no podré hablar con él. ¿Podría usted interceder por mí, señorita Isbel? —la examinó ansioso de su respuesta.

Isbel quedó contenida, asombrada, y su sorpresa se debió reflejar en su rostro. Él la malinterpretó.

—Sé que es un hombre muy ocupado y yo sólo... y yo sólo —buscaba con desesperación las palabras adecuadas— soy un modesto pastor, pero necesito verlo, es muy importante. Muy importante —cerró los ojos y los abrió de nuevo, con cansancio, como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

Ella comprendió. Pasaba tanto tiempo en la montaña solo, en única compañía de sus animales, incomunicado, y no se había enterado aún del suceso.

—El motivo de mi asombro no es que usted se atreva a solicitar ver al señor Rovester. Es que —la voz le tembló— mi abuelo ha muerto hace ya dos semanas. De estar vivo, estoy segura de que le hubiera atendido con gusto.

El hombre abrió desmesuradamente los ojos. Su rostro quedó paralizado en un gesto de pasmo. Ninguna palabra o sonido acertó a salir de su boca. Después de un tiempo en continuado silencio, ella retomó la conversación.

—No sé con exactitud quién lleva ahora la casa y los negocios, aunque mi primo Joel está implicado en ellos —se dispuso a avanzar hacia la puerta principal—. Sea cual sea su problema, él lo atenderá. Voy a pedírselo ahora.

—¡No! —el grito fue tan repentino a la vez que inesperado que se sobresaltó. Le miró atemorizada. Él comenzó a hablar atropellando las palabras—. No le moleste, señorita, por favor. Era un asunto entre el señor Rovester y yo. Sólo entre él y yo. Nadie más debe saberlo. No le incumbe a ninguna persona más. No, a nadie. Por favor no le diga nada, señorita. Perdón si la he molestado o la he ofendido.

Lo tranquilizó. Aunque sólo fuera para evitar que se siguiera repitiendo. Le aseguró silencio. Él se despidió con torpeza, mientras caminaba hacia atrás como los cangrejos. Le observó alejarse con paso presuroso, tan distinto de cuando le vio venir. Intentó reflexionar sobre el extraño episodio. Hacía fresco. Se abrazó y frotó los brazos hacia arriba y abajo, intentando entrar en calor. Sin llegar a ninguna conclusión entró en la casa, ya pensaría en ello mañana.

Era un domingo temprano. La segunda semana de septiembre. Regresaba de la iglesia con sus primos, sumida en un ambiente solemne y serio. Se asomó como era su costumbre por la ventana del coche. Le agradaba sentir el viento en la cara. Imaginaba la cara adusta de Adela en el interior del carruaje. Sus agrios comentarios acerca de su pelo despeinado.

Tal como se encontraba de ánimo en los últimos tiempos, sentía, en un arranque infantil, cierto placer en fastidiarla. Sólo su primo mayor podía entender como echaba de menos la compañía del “innombrable” Daniel. Su nombre y su persona se diluían en el tiempo como una fea enfermedad a la que era preciso olvidar.

Le dio un vuelco el corazón. Otro coche se veía al final del camino. Cuando se detuvo, abrió la puerta y saltó, sin esperar ayuda, impaciente. Isabel empezó a correr hacia la puerta principal, que se encontraba abierta ante ella. Paró con brusquedad.

Inconscientemente, sin desearlo, le vino a la mente aquel primer día del verano, cuando llegó. Cuando abrazó a su abuelo. Cuando abrazó a Daniel. No existía forma de que todo volviera a ser lo mismo. Empezó a ver borrosas las escaleras. La voz tranquilizante de su progenitor llegó hasta ella, anulando sus pensamientos.

—Padre —dijo en voz alta, y corriendo de nuevo, terminó de recorrer el espacio que los separaba para fundirse en un confortable abrazo.